

Sincretismo Religioso

(LOS JAPONESES EN LA RIBERA DE IGUAPE)

Por Romano BARRETO, del Colegio Universitario, São Paulo, Brasil. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción del portugués del Lic. Carlos H. Alba.

ADemás de la natural movilidad de los individuos dentro de su propia sociedad, debemos considerar los movimientos emigratorio e inmigratorio. Individuos pertenecientes a razas y grupos raciales diversos, por efecto de la migración, pasan a vivir en un mismo *habitat*, lo cual quiere decir que grupos portadores de culturas diferentes se enfrentan, se comunican, entran en simbiosis, se vuelven complementarios unos de otros.

El gregarismo humano no resulta solamente del hecho de las acciones en común de los hombres, sino que son un producto de disposiciones fisiológicas innatas, de disposiciones que se transmiten en padrones comunes a la especie entera. Si así fuese, los grupos humanos diferirían sólo cuantitativamente. Las disposiciones de organización y comportamiento colectivo que presentan, provienen de la cultura y de su continuidad. Es que la cultura se creó para satisfacer las necesidades de los hombres de una manera que va más allá de la adaptación directa al medio ambiente. Verdad es que para eso cuenta el individuo con su carácter acumulativo de perfeccionamiento y con su facultad de participación en la acción colectiva. Por eso mismo, en virtud de ese carácter acumulativo de perfeccionamiento y de esa facultad de participación en

la acción colectiva, es que el hombre adquiere, en la sociedad y de la sociedad, todas las aptitudes y hábitos que no se confunden con los numerosos caracteres adquiridos de otro modo y de otra procedencia. Para Taylor¹ la cultura comprende, en el conjunto de tradiciones sociales, aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre considerado como parte integrante de la sociedad, en oposición a los numerosos caracteres adquiridos diferentemente, y en particular, por la herencia biológica.

Cuando individuos de una sociedad, portadores por lo mismo, de una cultura propia, por efecto de la migración entran en contacto, en una vida común, con individuos de otra sociedad y, por tanto, de otra cultura, lo que sucede es que los primeros reaccionan naturalmente contra la cultura que se les ofrece, colocándose al margen o formando grupos aislados, aunque no lo sientan así; o, para solucionar conflictos de actitudes creados por la vida simbiótica, reaccionan delante de ciertos trazos culturales y aceptan otros; o más aún, si los contactos son directos y duraderos, aceptan la nueva cultura con olvido de la suya.

De las culturas totales de los grupos que pasan a vivir así en un mismo *habitat*, por efecto de la interacción y de los contactos, los resultados son los siguientes:²

1º Aceptación: Cuando todos los miembros de un grupo aceptan los padrones culturales de otro.

2º Adaptación: Cuando hay combinación intensa de ambas culturas, original y extraña, como consecuencia de conflictos de actitudes que se reconcilian con el tiempo.

3º Reacción: Cuando las culturas se mantienen en virtud de constantes movimientos anti-aculturativos.

Si aceptamos esos resultados es preferible enumerarlos primero en orden inverso, que será el orden lógico, pues la *reacción* se nos presenta como actitud de defensa natural para que después haya *adaptación*. Para pasar de ésta a la *aceptación*, es cuestión del tiempo que baste para hacer cesar la influencia aproximada de la otra cultura.

La *reacción* significa apego a los hábitos y aptitudes, actitud que se justifica en cada individuo porque en ese apego hay defensa del ser social que se creó en él, según el tipo exigido por la sociedad de que ha sido parte integrante. Las corrientes migratorias vinculan los usos y costumbres, aptitudes y hábitos, de sus sociedades de origen, y la sustitución de tales usos y costumbres, aptitudes y hábitos, por otros, implica un cambio en la experiencia interior, pasando por el abandono gradual de los valores de su cultura original. Pero la vida en el mismo

habitat exige una solución para los conflictos culturales que fatalmente han de surgir, y entonces la *adaptación* será el resultado conciliatorio. Si el tiempo pasa, la influencia de la cultura original de los grupos extranjeros pierde en intensidad, y a poco, los individuos de esos grupos van aceptando los padrones culturales del otro, hasta que se asemejan con los individuos de éste, pasando de una simple acomodación a la participación de la misma experiencia y a la incorporación en una misma vida cultural.

Entre los japoneses del valle de la ribera de Iguape, sólo para enfocar un aspecto de su vida, se nota un interesante sincretismo religioso como producto de la aculturación.

Registro y Jipuvura, en Iguape, y Sete Barras, en Xiririca, poblaciones situadas en el valle de la ribera de Iguape, se componen en casi su totalidad de japoneses, radicados ahí hace casi treinta años por la Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha, por concesión especial del Estado de São Paulo. Esos japoneses poseen como mínimo la instrucción primaria, hecho que no es de admirar, pues en el Japón la educación conquistó tal importancia, que la adquisición de la ciencia y la cultura del espíritu se volvió, a partir del Decreto Imperial de 1872, indispensable para el buen éxito de la vida.

Son celosos de la educación de los hijos y es importante tomar en consideración la educación, cuando se va a hablar de religiones. Para instruirlos no miden sacrificios, por lo que, actuando muchas veces, tal vez por ignorancia, fuera de las leyes de la sociedad que los recibe, abren sus escuelas cuando no existen escuelas nacionales.

En las poblaciones de la ribera de Iguape es común el auxilio a la escuela, conforme lo atestigua el excelente predio de Jipuvura, mandado construir especialmente por la colonia japonesa y cedido en forma gratuita al gobierno del Estado para el funcionamiento de las escuelas públicas.

Simultáneamente con la acción resultante de esos elementos, se manifiesta la de la Kaigai Kogyo Kabushiki Kaisha, o mejor dicho, se manifestó hasta antes de la declaración de guerra al Japón, en el trabajo incesante “en experimentos agrícolas investigando la adaptabilidad de cereales, hortalizas y árboles útiles y frutales; aplicando injertos y semillas suministradas por el Instituto Agronómico de Campinas. Horto Florestal de São Paulo y otras oriundas del Japón, siendo espléndidos los resultados obtenidos con el tabaco, el té y el yute”.³

Las consecuencias de la intervención de la Kaigai, son, además de la explotación inteligente de las tierras según su composición y de los productos obtenidos, el haberse convertido en una verdadera agencia educativa en el terreno de la técnica y de la economía, por lo que los japoneses son como discípulos conscientes, llevados del deseo de mejorar sus condiciones de vida, no siendo de extrañar que surjan entre ellos profesores que dirigen los interesantes tipos de escuelas de agronomía.⁴

En cuanto a sus actividades religiosas, notamos que hay protestantes, budistas y católicos, entre los japoneses residentes en la Ribeira de Iguape.

Los protestantes son pocos, menos de veinte, y ya habían adoptado esa religión en sus tierras de origen. Se reúnen en una casa, en Registro, una vez por semana y dicen sus oraciones llenos de la más ardiente fe, según pudimos constatar. Hasta ahora nada ha habido de modificación en sus actividades religiosas. El protestantismo entre nosotros ya vive ahora sin ninguna necesidad de acomodaciones. Está más o menos generalizado en el país, y, en algunos países de civilización idéntica, es la religión predominante. Ese hecho debilita cualquiera actitud de los adeptos del catolicismo que propenda a la coacción más o menos violenta, por lo que sólo permite la natural competencia para su existencia. Y esa competencia que a veces llega a alcanzar grado de conflicto, es fuente de vida del grupo religioso protestante como lo es del grupo católico.

Budistas encontramos pocos, muy pocos. Se sostienen en su religión, que no cuenta con la aprobación social, por el hecho de existir desde hace quince años un sacerdote budista, Massumi Ykoma, en cuyo domicilio es solicitado —ya ahora raramente— por sus compatriotas que con él mantienen relaciones más o menos estrechas, para las oraciones en la casa o en el cementerio cuando muere algún pariente.

Oyendo hablar al padre Massumi, se nota que el budismo pierde terreno. Cuenta que para ser sacerdote es necesario dedicarse exclusivamente a la preparación para el ejercicio de tal ministerio. Como la vida no le era fácil en el Japón, procuró ir al Brasil, en donde tal vez encontraría medios para la vida deseada. Tal cosa no sucedió, pues los trabajos de la labranza lo absorben, ya que, desde el punto de vista económico, son más importantes que aquéllos. De ese modo, no piensa más en insistir en su deseo. Esa actitud es tomada no sin cierta tristeza, como se comprueba con el hecho de mostrar sus certificados y diplomas de los cursos secundario y superior, así como sus adornos y vestidos —variados según la ceremonia— tocado

de visible emoción. Se vistió primero con las ropas que el sacerdote usa habitualmente y que se componen de una especie de kimono blanco sobre el cual coloca otro obscuro, de hechura fina y transparente, y en el cuello una pieza igual a la estola de los sacerdotes católicos. Para las ceremonias hay adornos diversos, complementándolos el rosario y el abanico, en cuyos pliegues escriben oraciones.

Los católicos predominan en número. En Jipuvura, conjuntamente con algunos nacionales, edificaron hace ocho años una iglesia grande y rica para el lugar. En Registro, como en Sete Barras, contribuyen para los gastos de las iglesias.

El catolicismo es conquista del medio social ambiente, conquista tanto más importante si consideramos que budismo y catolicismo difieren en mucho en cuanto al destino de las almas, aunque haya entre ellos un punto de contacto que estriba en cuanto a la enseñanza de la redención de las mismas: "...el primero dice: los hombres, por su ignorancia, se apartaron de la verdad de Buda y entraron en el Mundo de los errores, en el Mundo de los dolores"; el segundo dice: "Adán y Eva, por haber cogido y comido la manzana, hicieron aparecer el pecado en el mundo." Así, tanto esta creencia como aquélla desean la misma finalidad de redimir a las personas que creen en el infinito amor del Salvador.⁵

Para esa conquista debemos señalar el trabajo inteligente de sacerdotes católicos, entre los cuales hay actualmente uno, que residió en el Japón y habla correctamente el japonés, valioso instrumento de que echa mano en su ministerio de conversión.

De las generaciones budistas inmigradas, muchos de los más viejos también se convirtieron al catolicismo, pero al aceptarlo hicieron una combinación, ya inconsciente, ya por la fuerza de imposición del medio, de trazos culturales en los que predominan los del catolicismo, por lo que resulta un sincretismo religioso, cuyo campo de manifestaciones más rico es el cementerio de Registro.

Los descendientes nacidos aquí y los que vinieron niños o jóvenes, se convirtieron totalmente, a despecho de que en sus casas, cuando aun no eran independientes y se encontraban por tanto, bajo el dominio de sus ascendientes, tenían en sus *butsudans* algún símbolo budista. (Fig. 1.)

Podemos decir que de las dos religiones, la católica y la budista, la segunda cedió, no sin dejar ciertos trazos suyos en la primera, la cual los japoneses pasaron a adoptar. Nosotros observamos este hecho en muchas casas de japoneses, tanto en Registro y Sete Barras como en Jipuvura. Conservan sus *butsudans*, que corresponden a nuestro nicho u oratorio. En

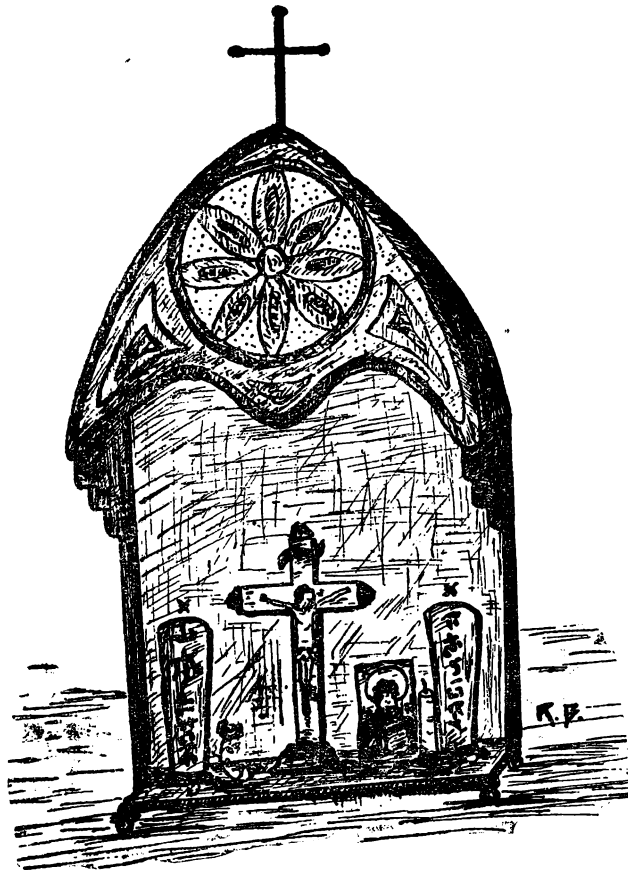


Fig. Núm. 1.—Butsudans (nicho), viéndose marcados con una (x) los símbolos budistas

todas las casas investigadas vimos en él, imágenes del Corazón de Jesús Crucificado, y otras impresas a color, de San José y otros santos, y, en medio de ellos el *ihai* (Fig. 2), cuya elevada significación bien la entiende el budista en su culto a los muertos. Algunas veces, el *ihai* cede lugar a los retratos de los ascendientes fallecidos, según lo observamos en algunas casas.⁶

A excepción hecha de los protestantes a que ya nos referimos, los japoneses emigrados de varios puntos del Japón y fijados en el valle de la Ribeira, eran todos budistas, cosa que no es de extrañar, puesto que el budismo en el Japón, en 1934 y mucho después de la inmigración de aqué-

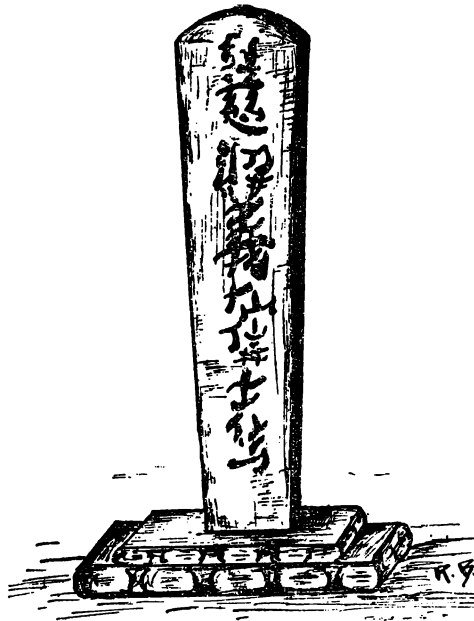


Fig. Núm. 2.—Ihai

llos, contaba con el 70.3% de la población, contra 29.2% de shintoístas, en tanto que el cristianismo, con varias denominaciones y órdenes, llegaba apenas al 0.5%. Si tomamos en cuenta la palabra del Almirante E. S. Yamamoto, preceptor durante veinte años de su Majestad el actual Emperador del Japón, los porcentajes de budistas y shintoístas arriba aludidos son sólo representados estimativamente, pues “las estadísticas oficiales del Japón nos pueden decir cuántos templos y cuántos bonzos shintoístas y budistas existen en el país; nos hacen conocer el número de escuelas que aquéllos sostienen y la cifra de alumnos que las frecuentan durante los cursos. Pero jamás se podrá obtener la estadística religiosa separando al pueblo en una fracción budista y en otra shintoísta”. Es que el shintoísmo y el budismo se fundieron de tal manera que ha sido imposible separar la población de una y otra religión. Y según la palabra fidedigna del mismo Almirante Yamamoto en la conferencia que pronunció en Río de Janeiro en 1938 bajo los auspicios de la Acción Católica Brasileña, los católicos son apenas el 0.28% de la población total japonesa.

El cementerio de Registro, como ya lo dijimos, es un rico campo para el estudio del sincretismo religioso y los cambios culturales, al mismo tiem-

po que se presenta como testimonio de cómo es tomado en consideración por los japoneses el culto a los muertos. Las sepulturas son propias y los túmulos se levantan con rasgos culturales cristianos y budistas que demuestran ese mismo culto. Hasta hace cierto tiempo los huesos retirados de cada sepultura cada cinco años, eran arrojados a voluntad en la superficie de la tierra por aquellos que abrían nuevas sepulturas. Por los que las abrían, sí, porque en Registro no hay sepultureros y las fosas tienen que ser abiertas por personas de la familia del fallecido o sus allegados. Por la misma razón del culto a los muertos fué que la colonia japonesa de Registro mandó edificar el osario que existe en su cementerio para la guarda de los huesos de aquéllos y no son pocos cuyas familias no adquieren el derecho de propiedad sobre las sepulturas.

Los túmulos budistas y cristianos se mezclan en el cementerio de Registro, y muchos reúnen, cada uno en sí mismo, trazos cristianos y budistas, en un expresivo sincretismo religioso.

Entre ellos hay uno que llama la atención por lo que de grandiosidad quiere representar y es que su forma hace recordar las pirámides de Egipto. Nos explican que fué mandado construir por Matizawa y que ahí yace su madre. La razón de ese túmulo es la siguiente, conforme las palabras del propio Matizawa, las cuales nos transmite el celador: "Cuando mi madre dejó el Japón murió para él; muriendo en el Brasil, murió para el mundo. Tenía que ser su túmulo como los de los grandes faraones de Egipto."

Inmediatamente después del entierro de un japonés que se decía budista, visitamos el cementerio de Registro. Había, pues, entre los túmulos el del enterrado hacía poco tiempo. Sobre la tierra elevada que le cubría el cuerpo, se notaba, además de una cruz católica —razón de nuestra duda en cuanto al hecho de ser el muerto y su familia puramente budistas— coronas en gran cantidad, un vaso con flores, una caja para incienso, una tacita con té y naranjas; había también ocho astas con cintas y flores de papel, colocadas en los extremos y que sobresalían de los bordes de dos cajas que tenían al frente la cruz gamada, símbolo divino que significa unificación. Hay preocupación, por parte de los budistas, por la unión del espíritu y de la naturaleza, hecho también observado cuando ellos colocan para el mismo efecto, en las manos del difunto, un gran rosario de 108 cuentas o uno pequeño compuesto de 18 calaverillas. Esta práctica ha sido adoptada también por los católicos, aunque el rosario está compuesto de manera diversa.

Antiguos budistas convertidos ahora al catolicismo, practican, casi todos, aún sus actos religiosos, con cierta timidez, actitud que se nota en sus descendientes. La práctica del budismo no consiste en actos públicos, o mejor dicho, que públicamente demuestren fe, sino en retracción individual, en recogimiento espiritual. He aquí la razón por la cual las procesiones no cuentan con la totalidad de los japoneses católicos. El día 24 de junio de 1941 asistimos a una procesión; salió de la iglesia más o menos a las quince horas y era igual en todo a las que todos conocemos en São Paulo. Formando alas se encontraban trescientas y tantas personas de las cuales apenas unas quince eran japonesas. Actitud diferente notamos en una fiesta profana organizada por la iglesia en su beneficio; fué en la noche de ese mismo día, en un remate. Pudimos constatar la presencia de un buen número de japoneses compitiendo todos, alegremente, en la venta de las prendas, entre las cuales se notaban muchas imágenes de santos. Una cosa que nos llamó la atención fué el hecho de ver en funciones de subastador a un japonés, pues tales funciones son en general alegres y aún triviales, y él las desempeñaba a gusto de todos.

En resumen, podemos decir que es notable el sincretismo religioso en esas poblaciones del valle de la Ribeira de Iguape, observado no sólo en sus *butsudans*, sino también en el cementerio de Registro, que las sirve, en donde se hacen patentes las combinaciones de trazos culturales. Al lado del símbolo budista colocado en las sepulturas, se nota la cruz católica colocada simultáneamente (Fig. 3), o bien una tabla clavada transversalmente en él, cristianizándolo de ese modo. Otras veces en túmulos católicos, iguales en todo al común de los nuestros, se ve al *ihai*, símbolo budista.

El sincretismo religioso no fué un resultado intencional, pues se nota en lugares recónditos, en la recámara, en las manifestaciones materiales de su *butsudan* y en las actitudes de padres e hijos ante aquéllos. Ese sincretismo religioso resultó de un proceso inconsciente en que los datos culturales —pocos de una y muchos de otra religión— se ajustaron. Hay, sin embargo, aunque pocas, manifestaciones de un sincretismo intencionalmente procurado como resultado, solamente, de un proceso de acomodación. Se nota en el cementerio en algunas sepulturas, y consta del símbolo budista con una tabla superpuesta, mucho tiempo después del entierro, dándole la forma de cruz; y otras veces, en el túmulo, de una cruz cristiana posteriormente antepuesta al símbolo budista. (Fig. 4.)

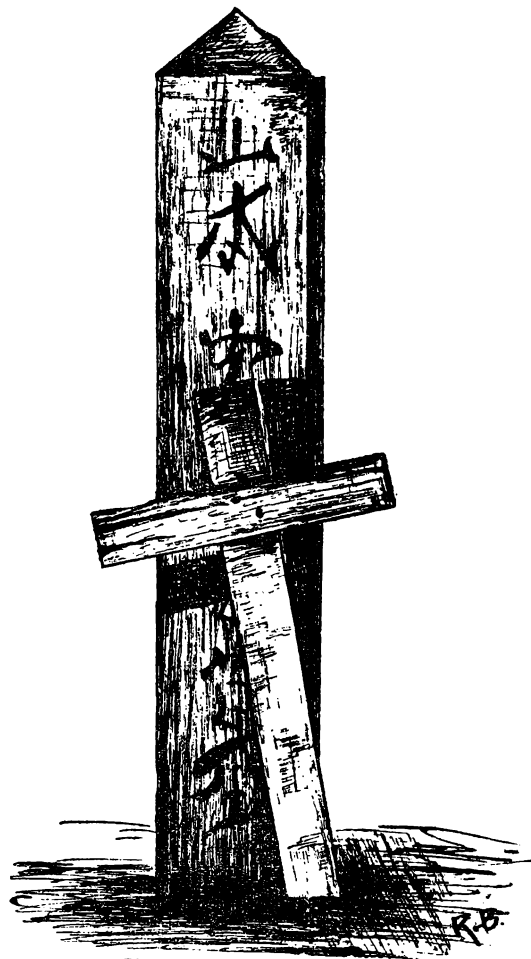


Fig. Núm. 3.—Sincretismo religioso

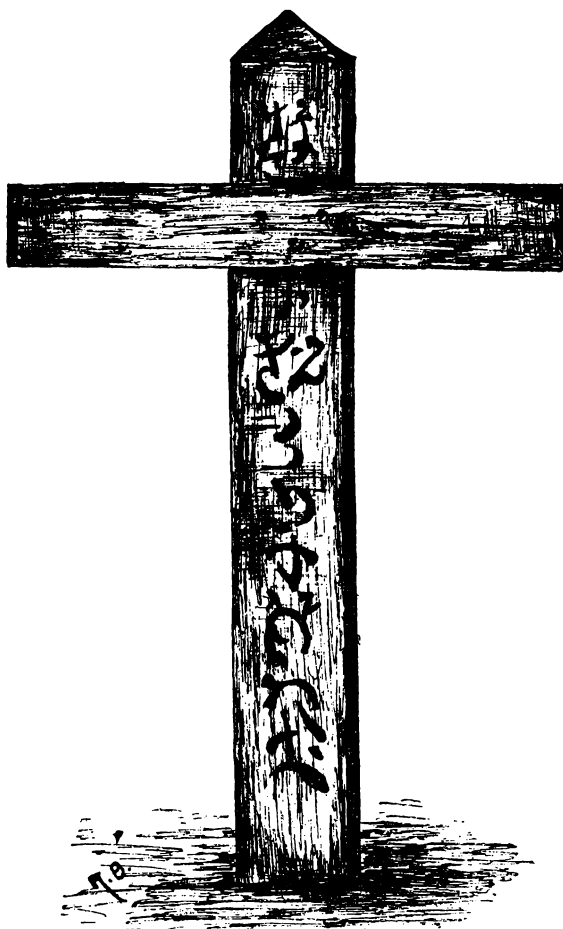


Fig. Núm. 4.—“Cristianización” reciente de un símbolo budista antiguo

NOTAS

1 **Manuel d'Anthropologie Culturelle.** Robert LOWIE, Payot, París, 1936, p. 11.

2 **Acculturation: The Study of Culture Contact.** Melville J. HERSKOVITS. J. J. Augustin, New York City, 1938, p. 135.

3 **A imigração japonesa para a Baixada do Estado do Rio de Janeiro,** Nestor ASCOLLI, Rio, 1924, Ed. de la "Revista de Lingua Portuguesa", p. 31 in fine y 32.

4 En el sitio llamado Bõa Vista, a seis kilómetros de Registro, hay una escuela particular de agronomía. El profesor es dueño de unos cincuenta "alqueires" (N. del T.: antigua medida portuguesa de superficie) de tierra. Con él viven siete alumnos. Es un internado cuyo régimen es el siguiente: alumnos y profesor se levantan a las seis de la mañana; hacen gimnasia y nadan unos 100 metros en el río; desayunan y acuden a las clases y al trabajo del campo hasta las once horas; almuerzan y descansan hasta las doce y media; nuevamente van a las clases en el campo hasta las diecisiete; después de la cena tocan música con violines, bandolón y flauta, y la música que ejecutan es de carácter internacional. Al anochecer hacen traducciones y estudian. Los alumnos nada pagan y nada reciben; lo que ganan es el aprendizaje y el profesor el trabajo de aquéllos en las tierras. El aprendizaje consiste, entre otras cosas, en hacer experimentos con varias plantas en diferentes épocas y conseguir mayores y mejores productos. Como ventaja, tiene el profesor-propietario una utilidad pecuniaria, pues él es el único productor en grande escala del Distrito.

5 "O Budismo e a sua influencia na cultura japonesa", conferencia dictada por el profesor Nobuyuki Suzuki, en noviembre de 1939, en la Facultad de Filosofía, y patrocinada por la Sociedad de Sociología e Gremio Cultural Brasileiro-Nipónico, p. 9.

6 Casa de O. Y. M.—En el comedor hay un **butsudán** en el que se encuentran retratos de los padres del jefe de la familia ya fallecidos; la imagen de Nuestra Señora, e impresas a colores, la de Jesús con la cruz a cuestas; la de San José con el Niño Dios; la de Nuestra Señora y la del Corazón de Jesús, velas y flores. A la entrada, después de la sala, se ve en las paredes la imagen del Buen Jesús de Iguape.